

CEBREIRO ARES, Francisco, *El Banco de San Carlos en Galicia (1783-1808). Periferia financiera, plata hispánica y final del Antiguo Régimen monetario*. París, Université Paris-Sorbonne, Éditions Hispaniques, 2020, 261 pp. ISBN: 978-2-85355-107-6.

Con el título *El Banco de San Carlos en Galicia (1783-1808). Periferia financiera, plata hispánica y final del Antiguo Régimen monetario*, la Universidad de la Sorbona publica una obra de difícil clasificación, pero de indudable valor e interés. Se trata de la revisión y ampliación de una parte de la tesis doctoral del autor —Francisco Cebreiro Ares—, que tiene como resultado un trabajo sugerente tanto por la temática ofrecida como por el enfoque esgrimido. El problema puede resultar, aparentemente, muy concreto y localizado: el origen y desarrollo de una oficina del Banco Nacional de San Carlos en Galicia, concretamente en su principal puerto comercial, A Coruña. No obstante, la obra es mucho más compleja. El propio autor reconoce que uno de sus grandes objetivos es “radiografiar la configuración de esa hegemonía financiera sobre España desde una dependencia inicial francesa en los años ochenta del siglo XVIII hasta los albores de la influencia inglesa” (Prólogo).

Creemos que la obra tiene amplio interés porque permite entrar en debates y cuestiones muy variadas. Por ejemplo, porque permite conocer el funcionamiento interior de una institución tan compleja e importante como era el Banco de San Carlos; por observar los circuitos y flujos económicos imperiales en un periodo de expansión y crisis; por ser una muestra de la economía y realidad gallega, ya sea de su articulación interior como su relación con el resto de la monarquía; por ser una evidencia de la economía global en profunda transformación; por dar pistas claras y reveladoras de lo que el propio autor interpreta como el final del Antiguo Régimen monetario; por retratar un contexto económico, social y político altamente inestable en el que se sucedieron acontecimientos inesperados de consecuencias imprevistas.

Es un trabajo, por tanto, de interés poliédrico, pero el atractivo de la obra también radica en un hecho no siempre frecuente: el problema que aborda está situado en la intersección de varios enfoques que son esenciales para la historiografía actual. La erección de una sucursal del Banco de San Carlos en un territorio que, a priori, es pobre, rural y periférico es, en realidad, una decisión que esconde procesos mucho más profundos. Cebreiro reconstruye la vida de esta oficina desde 1783 hasta 1808 a través de la correspondencia de los factores gallegos con la sede madrileña. Las fuentes, como señala el autor, son excepcionales. Además de por ser inusuales, conforman una documentación realmente versátil, pues permite reconstruir hechos de gran valor para la interpretación de este periodo. Más de dos mil cartas, actualmente depositadas en el Archivo del Banco de España, dan cuenta de unas trece mil transacciones financieras.

El libro comienza con una interesante introducción que permite al lector contextualizar el problema abordado, tanto en términos espaciales como cronológicos y temáticos. De hecho, agradecemos enormemente la instrucción básica que se ofrece sobre aspectos económicos y monetarios, y muy especialmente sobre las letras de cambio, auténtico corazón de la obra. Como señala Cebreiro, la creación de una oficina del Banco en Galicia solo puede entenderse por los profundos cambios que se dan en el reino gallego durante la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente por la instalación del arsenal de la Real Armada en Ferrol, el cual era mucho más que una base naval, sino un nodo económico de primer orden, y por la creación de los Correos Marítimos con sede en el puerto coruñés.

Tras esta introducción se suceden siete capítulos en los que se van describiendo minuciosamente los principales sucesos de la sucursal gallega. El Capítulo 1, titulado “Los orígenes de la factoría: Zelaeta y la búsqueda de accionistas (1783-1785)”, da cuenta precisamente de los primeros pasos de la oficina, apenas un año después de la creación del Banco de San Carlos. Los protagonistas indiscutibles de este capítulo son José Ramos y Francisco Antonio Zalaeta, los primeros corresponsales del banco en tierras gallegas. El objetivo esencial en aquellos primeros años fue la búsqueda de accionista. Los resultados, aunque no espectaculares, fueron satisfactorios; “más de dos mil acciones de forma minorista entre una variada representación de la sociedad gallega” (p. 63). El otro gran problema que tuvieron Ramos y Zalaeta fue la remisión de caudales.

Una vez concluida esta primera etapa, el Banco de San Carlos creó a partir de 1786 una verdadera oficina en A Coruña, pero en esta ocasión a cargo de Pedro María de Mendinueta. Eso significa que desde la sucursal gallega se efectuó “la venta de letras sobre Madrid a particulares, la recolección de los caudales entregados por la Renta de Correos y la remisión de los productos monetarios a Madrid” (p. 95). Todo esto queda recogido en el Capítulo 2, “Letras y plata: la formación de una oficina bancaria con Mendinueta (1786-1789)”. La actividad durante la segunda mitad de la década de 1780 fue frenética, tanto en Madrid como en A Coruña, pues además del juego de letras hubo un intenso movimiento de caudales venidos de América a través de Galicia. Cebreiro ofrece cuantiosos detalles sobre los cambios en la política del Banco de estos años y el desarrollo de las transacciones.

Al comenzar la década de 1790 el marqués de Iranda asciende a la dirección de Banco de San Carlos, y desde este puesto incentivó un giro en la forma de extracción de plata. El Capítulo 3, titulado “El cambio de política bajo el marqués de Iranda (1790-1792)”, desarrolla este problema y da cuenta de su incidencia dentro de la sucursal coruñesa, que estaba todavía gestionada por Mendinueta. Si bien es cierto que la década comenzó con fuertes fluctuaciones, los cambios se acentuaron aún más a partir de 1792 y 1793. En el Capítulo 4, “El giro de la guerra de la Convención (1793-1795)”, Cebreiro ofrece un extenso y exhaustivo

retrato de unos años que fueron claves para el sistema monetario español y para la oficina coruñesa. La clásica dependencia financiera con Francia queda en ese momento suspendida por la guerra contra la recién proclamada República. El Banco tuvo que readaptarse a una nueva realidad, lo que provocó el desarrollo de más relaciones con Ámsterdam, Lisboa o Londres. La guerra, que había trastocado las rutas de la plata y de las letras de cambio, puso en serios aprietos a la oficina coruñesa, aunque la creciente dependencia con el mercado británico permitió mantener una actividad destacada.

El Capítulo 5 —“Las finanzas de la oficina durante la guerra con Inglaterra (1796-1801)”— es el más largo de la obra y recoge unos años especialmente delicados y complejos, un periodo de tiempo relativamente corto pero determinante para el sistema monetario. El contexto internacional, la guerra contra Gran Bretaña y la situación interna de la monarquía, provocó que las redes económicas existentes hasta ese momento se fueran diluyendo y que las finanzas estuvieran al borde de la quiebra. En la oficina de A Coruña se impuso un nuevo modelo organizativo con el objetivo de mejorar la cohesión del propio Banco, aunque la plaza de Cádiz en ese momento se encontraba sitiada por los ingleses. Cebreiro disecciona casi mes a mes el estado de la oficina, ofreciendo al mismo tiempo un interesante retrato de lo que estaba ocurriendo en el resto de la monarquía. La creación de la Real Caja de Amortización de Vales Reales, en 1798, es un momento clave, al igual que la erección de las Cajas de Reducción.

El final de la guerra y los anuncios de paz provocaron cierta relajación. En torno a 1802 se produce un momento culminante, el cual es denominado por el autor como “El breve optimismo de Amiens (1802-1803)”, título del Capítulo 6. Los vales iniciaron una progresiva revalorización y la oficina de A Coruña volvió a recuperar la actividad que había perdido entre 1800 y 1801. La remisión continúa y abundante de caudales desde América provocó una fiebre de ilusión y alegría, aunque esta fase positiva duró muy poco. La sucursal gallega del Banco de San Carlos demostraba que la recuperación era frágil. Además, justo en 1803 falleció Mendinueta y fue sustituido por Adalid al frente de la oficina. A partir de 1804 la situación degeneró hasta tal punto que en 1808 la sucursal cierra. El Capítulo 7, “Los descuentos de Adalid y la lenta agonía (1804-1808)”, indaga en este periodo oscuro y complejo. La actividad fue decreciendo y “uno de los últimos lances de la factoría estará revestido de cierto grado de patetismo” (p. 228), haciendo referencia al conflicto entre el Banco de San Carlos y un oficial de la aduana. El ocaso de la sucursal se explica por el propio colapso del sistema. “El 9 de julio [de 1808] Adalid afirmaba que todo giro con la capital estaba absolutamente parado y que los maragatos habían desaparecido ocupados en los transportes para los ejércitos” (p. 229).

Mención especial merecen las “Conclusiones”, en donde el autor hace un verdadero esfuerzo por ofrecer una imagen global de la oficina coruñesa. Gracias a los abundantes datos que se aportan y al ejercicio analítico de Cebreiro

se van dilucidando una serie de premisas sugerentes y esenciales que enlazan, precisamente, con múltiples problemas y temáticas. Se recomienda encarecidamente al lector que se detenga en esta parte de la obra, pues encontrará muchas de las claves interpretativas de la obra. Cebreiro llegará a afirmar que “frente al desempeño de la Caja de Cádiz, A Coruña parecía la oficina fiel, tradicional y conservadora que primero cumplió un rol relevante en la extracción de pesos fuertes y luego pasaría a cubrir la liquidez de la caja central de Madrid” (p. 242). En cualquier caso, y visto en conjunto, el libro permite comprender la instalación y evolución de la oficina del Banco de San Carlos en Galicia desde dos perspectivas diferentes —y complementarias—. Por un lado, la constitución del reino gallego como un espacio integrado en los circuitos financieros, aunque en una posición periférica con respecto a otras zonas de la monarquía y de Europa. Y por otro lado, la sucursal es, en realidad, un microscopio excepcional a partir del cual observar el derrumbe del sistema financiero que había estado vigente durante la Edad Moderna.

*Pablo Ortega del Cerro*